

LA PUTA INTELCTUAL

Betty Soto Fernández

Cuando llegó llevaba una correa muy ancha sobre la falda. Úrsula reparó entonces en su extrema delgadez y la presión que debía ejercer la correa para evitar que sus trapos cayeran al suelo. Le ofreció una copa. Tina le pidió lo necesario para vivir: habitación y comida. A lo que Úrsula objetó: "pero el trabajo empieza ahorita". Tina no tuvo más remedio que aceptar y vivir, en adelante, de caricias furtivas a cambio de un sueldo misericordioso.

Al término de la primera semana ya mostraba ojeras y cada mañana, al despertar, era presa de alucinaciones producto del alcohol que bebía por las noches, transgrediendo la regla número uno de las meretrices: el engaño. "No debes tomar todo, imaldita sea!", le recriminaba Úrsula, y las lágrimas de Tina salían a flote. Era imposible pedirle contención.

Una noche llegó un hombre vestido de amarillo, de largos cabellos y mirada perdida. A Tina se le erizaron los vellos cuando Úrsula la mandó a atenderlo. Cogió levemente la copa que contenía un ron aguado y se sentó a su lado. Sabía perfectamente lo que debía hacer: sentarse, palpar sus labios con la yema de los dedos, abrir un poco las piernas y tocarle la barbilla. Luego su dedo índice señalaría *arriba* y al poco tiempo —dependiendo del cliente— el trabajo habría terminado. Úrsula observaba la escena desde el extremo, una autoridad que elevaba la excitación de Tina y la inducía al impudor. Minutos después, Tina dejó al hombre sentado y caminó hacia la barra.

—Mira, Tina... Las prostitutas como tú tienen que *coger* lo que hay si quieren prosperar..., después ya será otra cosa

—contestó Úrsula, ante las palabras horrorizadas de Tina.

—En serio, U... me dijo que es impotente... —adujo Tina.

—¡Mejor aún!

—Y entonces, ¿cómo debo hacerlo?

—Solo hazlo, si te ayuda piensa en... —Úrsula sonrió levemente— un pato.

—¿Un pato? —preguntó Tina, sin comprender.

—¿No lo ves? Parece un pato —respondió Úrsula, señalándolo desde la barra—. Mira... Solo no pienses que es humano y listo —enseguida le dio un beso en los labios y la tocó abajo—. Anda... y me cuentas qué se siente de no ejercer poder sobre una verga.

Tina volvió hacia el hombre de amarillo. Cerró los ojos y trató de imaginar a un pato. Se dio cuenta de que así le era más fácil sobrellevar su impotencia. Sonrió sin hacer demasiadas muecas y lo llevó hacia el cuarto amueblado, que no tenía más que un velador de caoba desvencijado. La referencia estética, según Úrsula, invitaba aún más al placer.

El hombre se acostó boca arriba y sus ojos pequeños se fijaron en el techo de espejos. Tina lo vio grotesco: tenía una panza ancha y elevada que desproporcionaba con sus piernas flacas y cortas. Su cabeza, con forma de huevo, sostenía una larga cabellera que aplastaba sus flácidas mejillas. "¿Cómo será ahí abajo?", se preguntó Tina, y luego de haberse untado crema de menta en todo el cuerpo, gateó hacia el hombre y montó sobre él.

Caía constantemente, caía desvergonzadamente y caía ofensivamente. Hasta que no soportó más y saltó hacia el piso como un canguro.

—¿Pero qué pasa, cariño? —preguntó el hombre.

—Tu cosa esa no retiene mi postura —le contestó Tina sollozando y casi se sintió inteligente por articular sus desgracias de manera tan correcta.

—Pero, cariño... —contestó el hombre, y ella miró de reojo cómo su cuerpo desnudo y mofletudo se acercaba— Yo te dije que... Bueno, es que yo no... Te voy a pagar el doble ¿sí?

—No debí aceptar —contestó mientras se refregaba los ojos—, ¡eres un pobre pato impotente!

La hasta entonces ausente expresión del hombre se transfiguró en horror y pronto en una violencia causante de tanto placer, que al estrellar su puño contra la quijada de Tina, soltó un gemido. Tina cayó duramente al piso y sus ojos, entreabiertos, fueron testigos de tres piecitas blancas que bailaron desde su boca ensangrentada al ras del suelo. Entre sueños, veía el miembro erecto de piel restregándose contra sus labios.

—¡Eres la única puta que busca excitar y excitarse! —le gritó Úrsula, mientras jalaba sus brazos por el pasillo—. A este paso te voy a exhibir en los barrotos.

—¡Pero él dijo que era impotente... —argumentó Tina mientras sentía el roce de su cuerpo caliente contra el piso.

—Mira, la próxima vez le preguntas qué le excita y, si te dice SANGRE, te cortas la yugular y dejas que se masturbe en la abertura de tu cuello. ¿Qué te parece, idiota? —y siguió arrastrándola hasta que Tina se desmayó.

Desde entonces Tina permanecía en cama. Úrsula pasaba de cuando en cuando a verla pero no entraba, solo preguntaba de lejos: "¿Cuándo carajo podrás tirar?" Pero, al ver su boca hinchada como una manzana, sentía asco y salía de inmediato. Días después, Tina no dejaba de pensar en su inutilidad sexual. Si fuera una puta de verdad, habría adivinado de inmediato el apetito sexual de aquel hombre. Los primeros días, Úrsula le alcanzaba algo de comida por la rejilla de la puerta, junto a cigarrillos que Tina no encendía por falta de cerillas.

Había pasado cerca de una semana y Úrsula no la había vuelto a solicitar. Tina escuchaba debajo de sus pies el retumbar de los tacones y, a los lados, los gritos falsos de las otras muchachitas. Pensó, angustiada, que Úrsula la había olvidado. Con paso

sigiloso decidió bajar para ver qué pasaba, pero al abrirla se encontró con unos ojos de cuervo.

—¿Qué haces despierta? —preguntó Úrsula. Colocó sobre la mesa de noche cuatro libros voluminosos.

—¿Y eso? —preguntó Tina.

—¿Qué te importa? —respondió Úrsula con sequedad. Una vez que terminó de examinar el cuarto y concluyó que todo estaba en orden, volvió hacia ella—. Son de un profesor... Ha estado aquí toda la semana encamándose con la gitana, por eso no te necesité.

—¿Con esa gorda?! —gritó Tina, corriendo hasta su cama y encogiéndose entre las sábanas.

—Esa gorda se mueve mejor que tú y no anda jodiendo de impotente a los clientes —contestó Úrsula.

—Pero... Ya sé que estoy un poco desnutrida... —dijo Tina, en tono inocente— Pero... Pero yo estoy más bonita y...

—Demuéstraselo hoy día —resolvió Úrsula—, ¿o crees que subí a ver tu bamba?

El profesor no llegó esa noche ni las tres siguientes, pero Tina había vuelto a trabajar. Desde el día en que Úrsula le anunciara a su próximo cliente y dejara los libros apilados sobre la mesa de noche, Tina se había ilusionado con la inteligencia que proyectaban desde su velador. Nunca se había acostado con un profesor y tampoco le habían dejado sus libros al cuidado. Esa misma noche cogió uno de ellos, que hablaba sobre la guerra del opio. Tina se sintió muy bien. Leyó casi sesenta páginas y por la noche soñó con matorrales verdes, hombres con rifles y mujeres lacias y

pálidas. Se preguntó si el profesor sería chino o británico, pero no llegó a ninguna conclusión. Trató de imaginar cómo serían sus manos y cayó en un sueño profundo.

La tercera noche, Tina bajó las escaleras recién bañada y cambiada. Llevaba una falda diminuta de pliegues, sujeta por unos tirantes que aprisionaban su pequeño bibidí blanco, cuya estrechez levantaba sus pechos y los volvía exuberantes. Úrsula la miró de pies a cabeza y le entró un deseo extraño, era cierto que se la veía más guapa, pero ese atuendo ya se lo había puesto antes. De pronto congeló sus ojos en los lentes que llevaba puestos.

— ¡Quítate eso! —le gritó—, no queremos putas intelectuales.

Tina se quedó inmóvil y sonrió.

— ¿De qué te ríes? ¡Huachafa, quítate los lentes!

Tina volvió a sonreír pero esta vez ya no la miraba. Sus ojos se habían paralizado en los ojos pardos y rasgados de un hombre alto, muy erguido, que también llevaba lentes. El hombre fue directo hacia ella y le estrechó la mano.

—Dama —le dijo. Luego volvió hacia Úrsula, que lo miraba perpleja, y le dio un beso en la mejilla—. Dama— repitió.

—¡Oh, señor! —dijo Tina, ruborizándose.

—¿Quiere acompañarme allá arriba? —le preguntó el hombre a Tina. Úrsula no dejaba de contemplarlo—. ¡Qué hermosos lentes tiene! —le dijo de pronto—, debe ser usted muy inteligente.

Lo primero que hicieron fue discutir acerca del opio. Tina se quejaba de no haberlo probado nunca y el hombre

trataba de recrearle su experiencia. Pasados veinte minutos, Tina yacía desnuda boca arriba en la cama y con cada chiste que el profesor le contaba, entre susurros, ella abría un poco más las piernas y dejaba ver su escandalosa selva, húmeda y dispuesta. Mientras tanto, Úrsula, apoyando una oreja en la puerta, escuchaba voces imprecisas que hablaban acerca de la época medieval, interrumpidas por gemidos entrecortados. Ahhhhh... Y un Santo Tomás de Aquino... ¡Dios! ¡Dios! ¡Dios!... Abrumado de blasfemias. Y el imperioso Napoleón... ¡Sí, sí, sí...! Luego Napoleón... Pero llegaba la toma de la Bastilla... ¡¡Mierda!!... Parecía ser razón suficiente para que los vuelcos entre las sábanas llegaran a su punto máximo y ambos sintieran un fuerte jadeo que culminaba con la compasión que sentían por María Antonieta.

Al sentir las botas acercándose al umbral, Úrsula bajó de inmediato. Un beso sonoro encubrió la despedida de ambos y el hombre por fin salió.

—Ya le pagué a ella —le dijo a Úrsula.

Se colocó un sombrero negro y sonrió con entusiasmo.

—¡Qué exquisita e inteligente mujer! —se dijo en voz alta, acompañado de un suspiro. Úrsula se quedó sin habla.

—Inteligente, ¿tú? —le dijo a Tina mientras recogía las sábanas húmedas y las colocaba en un cesto —ese hombre es raro...

—Para que veas —le contestó Tina, ofendida—, y me ha dejado cuatro libros más.

—Pues te los meterás al culo porque ahora te toca trabajar —le dijo. Cogió los libros de la mesa de noche y los colocó en la cesta.

—¡No, no, no! —gritó Tina, redoblando su cuerpo desnudo sobre la cama aún caliente.

Todo está en la mente, se decía Tina mientras revolvía rosas frescas sobre su cama. Entonces eso de que la inteligencia te afea es mentira, pensó confundida. Habían pasado tres días desde aquella noche con el profesor. Él dijo que volvería y por eso

Tina lo aguardaba con el dormitorio perfumado de flores e inciensos chinos que los acunaban entre tanta historia, aunque en medio de la espera se colaran cuerpos ilusos.

Úrsula aprovechó aquel episodio con el profesor para lanzar en el bar a la *nueva puta intelectual que le hace lo que quiere y lo colma de sabiduría... Mejor que una colegiala*. Su etiqueta había tenido tanta acogida entre los clientes que nunca dejaban de llevarle un libro, en compensación a las maravillas que ella comentaba durante el coito. En su mayoría eran libros como *Las zonas erógenas de Venus* o *La calentura de los doce discípulos*. Textos que ella, sin embargo, agradecía con entereza, entregándose a sus lecturas por las mañanas.

Al cabo de un mes el profesor no había regresado. Su habitación se había convertido en una biblioteca exclusiva en temas sexuales, los que poco a poco habían dejado de interesarle. Entonces decidió no pregonar jamás sus sabidurías. No obstante, sabía que no era lo mismo tener sexo imaginando a Napoleón, con su traje de gobernador, que mirando los rostros desfigurados de sus clientes.

Esa noche, Tina decidió que olvidaría todo. Y luego de perfumarse y de leer *Los ciento veinte días de Sodoma*, bajó hacia el bar para encontrarse con su próximo cliente. Úrsula la esperaba con un hombre gordo y vestido de negro que fumaba hasta lo último de la colilla. Tina reconoció entre tanta elegancia al pato impotente. Lo condujo hacia la habitación y, como muestra de su falta de rencor, le sonrió y lo dejó tendido sobre la cama. Mecánicamente le quitó el saco y la camisa. Una vez que bajó la cremallera y fue sacando de entre los pliegues el grotesco trozo de piel que recordaba aquella noche de sangre y contusiones, se llenó de valor y dijo:

—¿Usted saber por qué Moisés llevaba ese palo tan grande?

El hombre rio de buena gana y luego se ofendió al darse cuenta de que la pregunta iba en serio.

—¿Y sabe por qué Cleopatra se bañaba en leche? Todos dicen que era una perra... ¿Usted cree?

El hombre trataba de emitir alguna respuesta, pero la excitación le anudaba la garganta. Ella no paraba de masturbarlo y de hablar.

—Mujer, métasela de una vez a la boca y no me joda más —le dijo a Tina con tono molesto y jadeante.

—Pero antes —contestó Tina— tendrá que decirme el quinto mandamiento de las tablas de la ley —siguió frotando el miembro tan fuerte que el hombre desfallecía en suspiros que alternaban con la cháchara interminable de Tina. Al estrujarlo un poco más, y cayendo en la cuenta de que el hombre ya estaba a punto de correrse, Tina soltó la pregunta más importante de sus recuerdos.

—¿Usted ha probado opio, señor?

—¡Nooooo!...

El monosílabo iba quebrándose en un indicio de explosión pero Tina, disgustada, lo soltó y se fue hacia la ventana.

—¡Qué mierd...!

—¿Cómo piensa excitar a las mujeres si no sabe nada de historia, eh?

Al volver su mirada, la cama estaba vacía. Un estruendo la hizo caer boca arriba sobre la alfombra. Sentía la sangre bordear sus cabellos, mientras su visión borroneaba el espectáculo. La mancha negra se alzaba de pie ante ella y dejaba correr en su charco de sangre el mismo líquido blancuzco que concluía su excitación.